

Editorial

El editorial del ejemplar pasado calificaba este año como una puesta a prueba de la voluntad política de los firmantes de la Alianza por la Calidad de la Educación (ACE) para construir acuerdos respecto a los principales problemas educativos y a las mejores soluciones que actualmente se pueden ensayar para enfrentarlos, al tiempo que advertía sobre el peligro de convertir la Alianza en un arma para la contienda electoral de 2009.

Desde la aparición del citado texto hasta la fecha, la Secretaría de Educación Pública (SEP) y el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE) –y al interior de éste, sus corrientes dominantes y disidentes– se han disputado el control de la puesta en marcha de (o de la resistencia contra) la Alianza, con un discurso que ha privilegiado la referencia a: 1) los mecanismos de ingreso, promoción y estímulo de los maestros y las autoridades educativas; 2) los medios para la evaluación y la rendición de cuentas del sistema educativo mexicano; y 3) la modernización y equipamiento de los centros escolares.

Llama la atención que el “bienestar integral de los alumnos” y su “formación integral para la vida y el trabajo”, temas neurálgicos de la Alianza desde el punto de vista de los principales destinatarios de nuestro sistema educativo, no figuren como un argumento central ni en las discusiones entre el SNTE y la Secretaría, ni en la opinión pública acerca de la ACE. ¿Por qué no se habla, en estos ámbitos, de los mecanismos para favorecer el acceso, la permanencia y el egreso oportuno de estudiantes saludables y bien alimentados, ni de las estrategias para facilitar aprendizajes de calidad en las aulas de nuestras escuelas en cuanto asuntos que

debieran ser priorizados como problemas en el discurso de los protagonistas de la ACE?

En un clima preelectoral como el presente, acaso la anterior priorización de agenda no sea gratuita, dado que los alumnos de educación básica no son votantes ni son votados; no se organizan en partidos políticos, no se congregan en corrientes dominantes o disidentes, no aspiran a ocupar o a conservar un cargo público.

Si aprovechamos una categoría sociológica propuesta por Pierre Bourdieu para analizar el campo político en el que se han discutido los temas asociados a la Alianza, se puede constatar que el sistema educativo mexicano otorga a sus alumnos y a sus familias el rol de “profanos”; es decir, de excluidos en el juego que los profesionales de la política hoy monopolizan para imponer sus principios de visión y división en el rumbo de las instituciones responsables de nuestra educación pública.

Tal y como está organizada, la arena política en la que se juega la Alianza no sólo dificulta que la educación que ofrece nuestro Estado sea un factor de justicia y equidad, o un fundamento de oportunidades de desarrollo integral, sino que se estructura de tal modo que descuida la atención a los problemas que afectan más directamente a los actores que dan sentido a todo el entramado social que conforma el sistema educativo mexicano.

Para usar una metáfora deportiva –figura explicativa recurrente en la sociología de Bourdieu– se puede comparar el campo de discusión política de la ACE con el de la industria de algún juego en el que tanto los deportistas y sus representantes como los propietarios de los equipos estuvieran más ocupados en discutir respecto de la construcción y el equipamiento de los estadios, de las reglas de contratación, promoción y estímulo que ofrecen los equipos, y del *rating* televisivo de los partidos, que del juego en sí mismo, y de la construcción de las condiciones necesarias para que se realice con calidad y justicia.

Francisco Urrutia de la Torre
CEE

